

Un hijo secreto

El mayor regalo

Imposible de resistir

SUS MEJORES NOVELAS DE AMOR



HARLEQUIN®

Beverly Barton

Un hijo secreto

Beverly
Barton

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 1999 Beverly Beaver . Todos los derechos reservados.
UN HIJO SECRETO, N° 21 - 1.8.03
Título original: His Secret Child
Publicada originalmente por Silhouette Books

© 1999 Beverly Beaver . Todos los derechos reservados.
EL MAYOR REGALO, N° 21 - 1.8.03
Título original: His Woman, His Child
Publicada originalmente por Silhouette Books.

© 1999 Beverly Beaver . Todos los derechos reservados.
IMPOSIBLE DE RESISTIR, N° 21 - 1.8.03
Título original: Having His Baby
Publicada originalmente por Silhouette Books

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 1999,
1999 y 2000.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción,
total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Har-
lequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido
con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harle-
quin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y
sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están
registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros
países.

I.S.B.N.: 84-671-0760-X
Depósito legal: B-26317-2003
Editor responsable: M. T. Villar

Capítulo Uno

Caleb Bishop soltó la maleta en el porche. Había vuelto a casa. Lo extraño era que aquella vieja casa de Crooked Oak ya no le parecía su hogar. La había abandonado a los dieciocho años y sólo había vuelto un par de veces desde entonces, con ocasión del funeral de su abuelo y la boda de su hermana.

Y no habría regresado de haber tenido otro lugar donde ocultarse y lamerse las heridas.

Empujó la vieja mecedora del porche y la observó mientras se balanceaba adelante y atrás, recordando el verano en que ayudó a su abuelo a construirla. En aquel entonces, su hermano Jake ya llevaba ausente seis años, y nadie sabía dónde estaba. Hank llevaba un año en el ejército y Tallie, la hermana pequeña, contaba catorce años. Caleb acababa de cumplir los dieciséis, y su posesión más preciada era un Camaro negro de 1980, el coche que destrozó más tarde, la noche posterior a su graduación en el instituto.

Mirando de nuevo hacia la casa, Caleb buscó debajo del cojín de la mecedora y tomó la llave. Sonrió. Algunas cosas nunca cambiaban, especialmente en un lugar como Crooked Oak, Tennessee. Quizá por ese motivo había vuelto a casa, donde la vida era menos complicada y la gente básicamente bondadosa.

Con la mano derecha, introdujo la llave en la cerradura e hizo girar el pomo. La maldita puerta se

negaba a abrirse. ¿Estaría atascada? ¿Habría cambiado Tallie la cerradura? Apretó los dientes y maldijo. Luego se cambió la llave a la mano izquierda, probó de nuevo y, por fin, la puerta se abrió.

Caleb se miró la mano, y sus ojos fueron ascendiendo por toda la longitud de su brazo incapacitado. A veces deseaba habérselo cortado del todo. ¿De qué le servía aquel apéndice flácido e inútil?

Abrió de par en par la puerta con el pie, recogió la maleta y entró en la sala de estar. Hogar, dulce hogar.

Una voz femenina, que tarareaba un antiguo éxito de Lionel Ritchie, le llegó desde el otro extremo de la casa. Caleb se quedó petrificado. ¿Quién diablos estaba allí? No podía ser Tallie. Vivía en Nashville, y se había casado con el gobernador del estado. ¿Quién podía ser, pues? Nadie estaba al tanto de su regreso...

Quizá Tallie había contratado a una mujer del pueblo para que adecentara la casa. Caleb dejó la maleta, cerró la puerta y avanzó hacia el lugar de donde procedía la voz.

—¿Oiga? —llamó—. ¿Quién hay ahí? —esperaba que la mujer de la limpieza supiera mantener la boca cerrada. Necesitaba unos cuantos días de paz y tranquilidad antes de que se corriera la noticia de que la celebridad local había regresado. Era el vecino más famoso de Crooked Oak. Caleb Bishop, lanzador estrella de los Atlanta Braves. Al menos, lo había sido.

—Oh —exclamó ella—. No... no te esperaba hasta la noche.

Era alta, rubia, y llevaba un mono con peto. Caleb supuso que rondaría la treintena. Su cara le resultaba vagamente familiar.

—Lo siento —siguió diciendo la mujer—. Tenía

pensado irme antes de que llegaras. Tallie me pidió que aireara la casa y trajera unas cuantas cosas. Me dijo que probablemente no querrías ir al pueblo hasta pasados unos días.

Lo miraba con sus enormes ojos azules abiertos de par en par, mientras trataba de explicar atropelladamente el motivo de su presencia. Era evidente que Caleb la ponía nerviosa.

—No pasa nada —él la miró de arriba abajo. Era una mujer corpulenta, bien formada y atractiva. Estaba seguro de que la conocía. ¿Por qué diablos no podía recordar quién era?—. Me alegra que Tallie te haya contratado para limpiar la casa. ¿Aceptarás seguir viniendo un par de días a la semana?

—Disculpa, ¿cómo dices? —aparentemente sorprendida por la pregunta, ella lo miró fijamente con aquellos grandes y hermosos ojos azules.

—¿No te ha contratado mi hermana?

—Oh —el rostro de ella enrojeció, con lo cual las pecas de sus pómulos se borraron momentáneamente—. No, Tallie no me ha contratado. Somos amigas. Simplemente le he hecho el favor de limpiar la casa.

De repente, Caleb se acordó por fin.

—¡Sheila Hanley! Dios mío, no te había reconocido —Sheila Hanley, la chica que le había ayudado a aprobar el último curso de inglés en el instituto. ¿Cómo había podido no reconocerla? Estaba mayor y más delgada, pero no había cambiado tanto. El cambio más significativo se había producido en sus ojos azules. Caleb no los recordaba tan vacíos y desprovistos de emoción.

—Sheila Vance —corrigió ella.

—Ah, sí, es cierto. Te casaste con Dan Vance y tuvisteis un hijo, ¿verdad? —Caleb intentó recordar cualquier detalle que Tallie hubiera podido con-

tarle sobre Sheila a lo largo de los años—. Siento lo de Dan. Era un buen hombre. Siempre me cayó bien. Mike y tú os hicisteis cargo de su parte del negocio cuando murió, ¿no? ¿Cómo le va a Mike? Tu hermano y yo fuimos buenos amigos.

—Le va bien. Se casó por segunda vez y está esperando su primer hijo. Hace poco le compramos a Tallie su parte del negocio. El taller y la grúa son ahora nuestros —Sheila señaló la cocina con la barbilla—. Te he preparado un plato de carne asada para la cena, y tienes comida suficiente para una semana. He puesto sábanas limpias en la cama de tu antiguo dormitorio, y...

—Gracias, Sheila. Te agradezco mucho todo lo que has hecho —Caleb dio un paso hacia ella, pero Sheila retrocedió. Luego se giró e hizo ademán de marcharse—. Espera —pidió él. Ella se detuvo, pero no se volvió—. Siento no haberte reconocido.

—No pasa nada. Los dos hemos cambiado mucho.

—¿Por qué no te vi en el funeral de mi abuelo ni en la boda de Tallie? —Sheila era una de las mejores amigas de su hermana. No comprendía su ausencia en los dos únicos acontecimientos familiares lo bastante importantes para hacerle volver a casa.

—Estaba allí, Caleb. Lo que ocurre es que no te acuerdas. Y no tienes por qué. Ni siquiera tuve ocasión de hablar contigo —Sheila se giró lentamente para mirarlo—. Y llegaste tarde a la boda de Tallie. Además, no creo que aquel día vieras a nadie salvo a tu novia. No le quitabas los ojos de encima.

La sola mención de Kimberly le produjo a Caleb un nudo en el estómago. Cerró los ojos, tratando de rechazar el dolor, pero el rostro de Kimberly siguió relampagueando en su mente. Sus ojos castaños. Su boca grande y sonriente. Su cuerpo deli-

cado. Era la criatura más bella que había visto nunca. La había amado con locura. Y la había matado.

Percibiendo el dolor que nublaba los ojos de Caleb, Sheila lamentó haber mencionado a la mujer que había amado y perdido.

—Lo siento. He hablado sin pensar...

—No pasa nada —dijo él—. Ya casi hace un año que Kimberly murió. Debería ser capaz de hablar de ella. Además, tienes razón. Cuando la llevé a la boda de Tallie, no veía a ninguna otra mujer.

—Era muy guapa —dijo Sheila—. Todo el mundo lo creía así. Hacíais una pareja fantástica. Perfecta —nunca olvidaría lo fea e insignificante que se sintió al verlos juntos... Caleb y la esbelta súper modelo que salía con él por aquel entonces.

—Ya no somos tan «perfectos», ¿verdad? —Caleb se frotó el brazo derecho—. Kim ha muerto, y yo... he quedado inútil.

Aún quedaba en el interior de Sheila algo de la jovencita que había adorado a Caleb Bishop. Los vestigios de aquella inocente quinceañera salieron de nuevo a flote, y Sheila sintió un fuerte arrebato de compasión y tristeza por el hombre que tenía ante sí. Un hombre que ahora era prácticamente un desconocido.

—Que tu carrera como jugador de béisbol haya terminado no quiere decir que estés inútil —dijo en tono sereno—. Aún eres rico, guapo e inteligente. Mucha gente lo daría todo por tener lo que tú tienes.

Caleb soltó una risita, comprendiendo que Sheila acababa de ponerlo en su sitio. Le sentaba bien ser capaz de reírse de sí mismo. Había pasado mucho tiempo sin poder hacerlo. Cuando alguien le hablaba con la franqueza de Sheila, solía saltarle al cuello, sin más.

—Recuerdo que la sinceridad era una de las cualidades que más me gustaban de ti —dijo—. Nunca te andabas con los juegos de las demás chicas. Siempre decías lo que pensabas, y más de una vez me pusiste firme cuando me dabas clases de inglés en el último semestre.

—Me sorprende que aún te acuerdes de eso. Fue hace mucho —toda una vida, se dijo Sheila. La vida de Danny.

—A pesar de que no te reconocí al principio, tengo muy presentes aquellos meses en los que me inculcaste un mínimo de sentido común. Sin tu ayuda, jamás habría podido graduarme ni jugar al béisbol en la universidad. Te debo mucho, Sheila, más de lo que nunca podré pagarte.

—Tu abuelo me pagó las clases de inglés. Y me invitaste a salir para celebrar tu graduación. Para mí significó mucho. Pudiste haber salido con cualquier otra chica del condado.

Sheila se reprochó en silencio el error de haberle hablado de aquella noche. Por su bien y por el de Danny, esperaba que Caleb no recordara los detalles de lo sucedido. De lo contrario, podría sospechar la verdad que le había ocultado durante doce largos años.

—Dios, y menuda noche fue, ¿verdad? Yo me iba de vacaciones una semana después de la graduación, y estaba absolutamente eufórico por la beca que me habían concedido.

—Sí, menuda noche —dijo Sheila—. Pero me temo que no puedo quedarme para seguir recordando los viejos tiempos. Danny tiene prácticas, y... —se interrumpió en mitad de la frase, comprendiendo que no debía hablar de Danny con Caleb Bishop.

—¿Danny? ¿Es tu hijo? —inquirió él—. Le has puesto el nombre de su padre, ¿eh?

—Sí, Danny es mi hijo —Sheila entró en la cocina—. Espero que estés cómodo aquí. Disfruta de la cena. Y si necesitas algo, llámame. He dejado mi número anotado junto al teléfono.

—Ojalá pudieras quedarte. Yo... —Caleb estuvo a punto de decir que se sentía solo, que necesitaba a alguien con quien hablar, alguien que le escuchara y lo comprendiera. Pero Sheila tenía su propia vida. Un hijo. Un hogar. Un negocio. No podía perder el tiempo con él. Al fin y al cabo, ¿qué era él para ella? Nada más que el hermano mayor de su amiga Tallie.

«No permitas que la expresión triste y herida de sus ojos te conmueva» se dijo Sheila. «No te involucres en la vida de Caleb. Si lo haces, volverás a sufrir. Y esta vez no sufrirás tú sola. También sufrirá Danny.»

—Tengo que irme —le dijo, pero permaneció junto a él, irresistiblemente atraída por su presencia, igual que antaño.

Había sido un joven irresistiblemente atractivo; algunos incluso le habían llamado «chico bonito». Pero a Sheila siempre le había parecido demasiado masculino para ser considerado simplemente un «muchacho guapo», a pesar de sus rasgos perfectos. Y, en algunos aspectos, era incluso más atractivo ahora que había madurado. Siempre había sido corpulento, pero la figura larguirucha de su juventud había dejado paso a un cuerpo recio y musculoso, que hacía preguntarse a cualquier mujer cómo sería ser poseída por semejante poder masculino.

Caleb estudió a la mujer que permanecía pensativa frente a él.

—Gracias por todo. Por haber aireado la casa y haberme preparado la cena. Has sido muy amable

—siempre le había caído bien Sheila. Incluso había pensado a veces en ella en el transcurso de los años. Siempre había poseído una suerte de delicada fuerza que no había visto en ninguna otra mujer. Caleb no creía que llegara a conocer a otra mujer, con la salvedad de su hermana Tallie, que le cayera bien. Oh, sí, adoraba a las mujeres, había seducido a unas cuantas, e incluso se había enamorado perdidamente un par de veces. Pero no creía que ninguna de aquellas mujeres le hubiese caído bien, en realidad. Ni siquiera Kim. Había sido tan artificial como él mismo, por mucho que le doliera reconocerlo.

—Debo irme, Caleb —Sheila comprendió que debía dejar de mirarlo, romper el hechizo al que sus ojos suplicantes la habían sometido.

—Sí, lo sé. Adelante. Estaré bien. Cenaré y me iré a la cama temprano.

—Llama a Tallie y dile que has llegado bien a casa.

—Desde el accidente, está tan pendiente de mí que parece mi madre, en lugar de mi hermana pequeña.

—Eso es porque te quiere.

Por un fugaz momento, Caleb creyó percibir un atisbo de honda emoción en el rostro de Sheila. Después de tanto tiempo, era imposible que siguiera amándolo. Doce años antes había estado loca por él. Y, aunque ella no era su tipo por aquel entonces, Caleb se había sentido halagado con su tímida adoración.

—Ya nos veremos —dijo Sheila con voz firme y equilibrada—. Cuídate.

Consiguió llegar a la puerta trasera antes de que él la alcanzara. La sujetó por el hombro. Ella se quedó petrificada. Caleb la obligó a girarse lentamente para mirarlo.

—Para la mayoría de la gente del pueblo, soy sólo un héroe local, y eso me pondrá las cosas muy difíciles. Necesito la amistad de alguien a quien no le intimide que haya sido jugador de los Atlanta Braves. Te necesito a ti, Sheila.

«No», gritó su mente. «Sí», suplicó su corazón.

—Lo siento, Caleb. No puedo. Yo...

Él le frotó el hombro. Notó cómo se estremecía. Ignoraba por qué, de repente, ansiaba tanto renovar su antigua amistad con Sheila, pero así era. Quizá le recordaba los buenos tiempos, la época de juventud, o... ¿A quién quería engañar? Era un hombre, y llevaba más de un año sin la compañía de una mujer. Había pasado meses en el hospital, tras el accidente, y hasta hacía poco no había podido ni siquiera vestirse sin ayuda.

Sheila Hanley Vance podía no ser una belleza, pero tenía algo que le hacía desear pasarle las manos por su esbelto cuerpo, colocarla encima de la mesa de la cocina y deslizarse entre sus piernas.

Aunque su mente no la hubiese reconocido al principio, su cuerpo sí se acordaba del de ella. Sheila era virgen aquella noche de hacía doce años, pero se había mostrado tan ansiosa y dispuesta como cualquiera de las mujeres que Caleb había poseído.

Habían pasado demasiadas mujeres por su vida, sobre todo cuando era más joven. Ni siquiera recordaba los nombres de algunas. Pero lo de Sheila había sido distinto. Porque le gustaba de verdad.

—¿Hay algún hombre en tu vida que pueda oponerse a nuestra amistad? —le preguntó.

—Salgo con alguno de vez en cuando —respondió ella—. Pero ahora mismo no tengo ninguna relación.

—Entonces, ¿por qué no...?

—Porque en mi vida no hay sitio para ti, Caleb Bishop —zafándose de sus brazos, Sheila se giró y abrió la puerta—. No tengo tiempo para ser la clase de amiga que necesitas. Pero hay docenas de mujeres en Crooked Oak que te complacerán encantadas —salió al porche, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Caleb la agarró por la cintura y la obligó a volverse. A continuación le colocó la enorme mano en la nuca y le dio un beso en la boca.

Ella trató de resistir el impulso de fundirse con él, de ceder a su asalto, pero su esfuerzo fracasó. Respondió al brutal beso con igual furia, abriendo la boca para recibir su inquieta lengua.

El delirante vértigo que la embargó era una sensación única. Sheila no había experimentado nada igual desde la última vez que Caleb la besó. La noche en que le entregó su virginidad y su corazón. La noche en que él le dio un hijo.

Acordándose de repente de Danny, el hijo que Caleb ignoraba haber engendrado, Sheila puso fin al beso e intentó retirarse.

Pero él la sujetó por las caderas y la apretó contra su excitación, emitiendo un ronco jadeo.

—Fuimos amigos. Amantes, incluso, por una noche. Nada nos impide serlo de nuevo, dado que no estamos atados a nadie.

Sheila apartó de sí a Caleb y lo miró con rabia. Lloraba interiormente por lo que pudieron haber tenido, por lo que jamás tendrían. Pero su rostro aparecía sereno y despojado de emoción.

—Cuando entraste en la casa, hace unos minutos, ni siquiera me reconociste. Dudo que hayas pensado en mí, o en nuestra amistad, ni una sola vez en estos doce años. No soy una de tus bellas y sofisticadas mujeres, Caleb. Soy una madre viuda que vive

en un pueblecito de Tennessee. Y no pienso tener una aventura pasajera con el héroe de la localidad –se dio media vuelta y se alejó por el caminito de grava que atravesaba el patio.

Caleb la observó hasta que se hubo perdido de vista. Cada suave contoneo de sus femeninas caderas hacía que su cuerpo se estremeciera de necesidad.

Sheila Hanley Vance había vuelto a ponerlo en su sitio. Algo que ninguna mujer había hecho desde hacía muchísimo tiempo. De hecho, desde que Sheila lo había abofeteado cuando la besó por primera vez. Las mujeres nunca le decían «no» a Caleb Bishop, el deportista estrella. Mujeres bellas, sexys y ricas caían rendidas a sus pies a diario. Y ahora acababa de darle calabazas una modesta pueblerina vestida con un mono desgastado.

A pesar de la dolorosa necesidad que invadía su cuerpo, Caleb se echó a reír a carcajada limpia. Diablos, Sheila tenía razón. En Crooked Oak habría docenas de mujeres más que dispuestas a irse a la cama con él. Pero, de momento, necesitaba pasar algún tiempo a solas, salvaguardando su intimidad.

Más tarde o más temprano se hastiaría de la soledad y echaría en falta la compañía femenina. Sin embargo, no le seducía la idea de acostarse con alguna fan encandilada por su fama. Por una vez, le gustaría hacerle el amor a una mujer que verdaderamente sintiera algo por él. Una mujer como Sheila.

Sheila apretó el paso en cuanto dobló el recodo de la carretera y supo que Caleb ya no la veía. Se dirigió a su casa casi corriendo, deseosa de alejarse lo antes posible de Caleb Bishop.

Sin resuello y empapada en sudor, subió al porche, se sentó en el escalón superior y se cubrió el rostro con las manos.

Cuando Tallie le telefoneó desde Nashville para pedirle que aireara la casa, de cara al inminente regreso de Caleb, quiso decirle a su amiga que no. Pero no pudo negarse. ¿Qué excusa habría podido poner? Tallie no sabía nada acerca de la noche que su hermano y ella pasaron juntos doce años atrás, ni conocía la verdad sobre Danny.

El corazón le dio un vuelco. Si Caleb descubría la verdadera edad de Danny, o si echaba un detenido vistazo a su hijo, podría empezar a sospechar. Sheila habría sobrevivido a su marcha hacía doce años, pero no deseaba que su hijo sufriera a raíz de una segunda pérdida. Danny ya había pasado bastante con la muerte de Daniel, hacía cinco años. Ya había perdido a un padre. Y ella no estaba dispuesta a aceptar a Caleb de nuevo en su vida, sólo para correr el riesgo de volver a perderlo. Porque seguramente se iría del pueblo cuando empezase a echar de menos su antigua vida llena de lujos y de glamour.

Sheila se puso en pie, se sacudió las manos en el pantalón y entró en la pequeña casa de madera en la que había vivido con su esposo. Oyó el televisor encendido en el dormitorio de Danny. Cruzó el vestíbulo y se detuvo ante la puerta abierta del cuarto. Vio al pequeño repantigado encima de la cama, con la espalda apoyada en la almohada. Danny retiró la vista del televisor y la miró a ella, sonriente. Y, por un efímero momento, Sheila sintió que el corazón se le detenía en el pecho. El pequeño tenía la sonrisa de su padre. Aquella sonrisa perezosa que le curvaba la comisura izquierda de la boca. Le sorprendía que nadie lo hubiera notado.

Si Caleb hubiera estado en el pueblo durante todos aquellos años, la gente no habría tardado en sumar dos y dos.

—Hola, mamá. ¿Has arreglado la casa de Tallie para Caleb?

—Sí.

—¿Y cuándo llegará? ¿Esta noche?

—Ya está aquí. Llegó antes de que yo me marchara.

—¿Y has hablado con él? Cielos, mamá, no puedo creer que Caleb Bishop esté viviendo tan cerca de nosotros —Danny se sentó de un salto en el borde de la cama—. ¿Crees que me dará su autógrafo? Los chicos del colegio no me creyeron cuando les dije que mi madre iba a prepararle la cena a Caleb Bishop —el pequeño cruzó la habitación, agarró su pelota de béisbol y su guante, e hizo ademán de efectuar un lanzamiento—. ¿Crees que le importará darme unos cuantos consejos? Puedes decirle que Tallie es prácticamente tía mía, dado que ella y tú sois tan buenas amigas.

Sheila agarró a su hijito por los hombros y esbozó una sonrisa forzada.

—No vamos a molestar a Caleb mientras esté en Crooked Oak. Ha venido a recuperarse. Pero, si se queda mucho tiempo, seguro que lo verás antes o después.

—Ah, vamos, mamá, ¿no puedo ir a su casa para pedirle un autógrafo?

—No, no puedes. No quiero que agobies a Caleb.

—Pedirle un autógrafo a un famoso no es agobiarlo.

—Danny Vance, prométeme que no irás a casa de Tallie a molestar a Caleb.

—Ah, mamá...

Debía procurar a toda costa que Danny y Caleb

no se vieran, al menos de momento. Cuanto más tiempo pasaran juntos, más probable sería que alguien notase el parecido entre ambos. Incluso el propio Caleb podría darse cuenta de que Danny no se parecía en nada a Daniel. Había heredado los ojos azules de su madre, pero eso era todo. Su pelo negro y su tez morena eran los de su padre, así como su facilidad para el deporte.

—Te propongo un trato —dijo Sheila—. Si no lo molestas, te prometo que te lo presentaré para que le pidas un autógrafo antes de que se vaya del pueblo.

—Está bien —accedió Danny a desgana.

—Ve a lavarte las manos. Cenaremos enseguida.

Mientras el pequeño desaparecía tras la puerta del cuarto de baño, Sheila acarició amorosamente el guante de béisbol que le había regalado a Danny por Navidad. El pequeño había sentido fascinación por el béisbol desde los dos años, cuando Daniel le compró su primera pelota y su primer bate, ambos de plástico.

Daniel había sido un buen hombre. Un buen esposo y un padre cariñoso con un niño que sabía que no era suyo. Sheila aún lo echaba de menos. Sobrevivir al regreso de Caleb Bishop hubiera sido más fácil de haber estado vivo Daniel.

Pero estaba muerto, y Sheila no podía apoyarse en nadie salvo en sí misma. Ella, y sólo ella, tendría que hallar el medio de protegerse y proteger a su hijo de un hombre que sólo podía causarles dolor y sufrimiento.

Capítulo Dos

Caleb pulsó el botón de rebobinado del vídeo y se maldijo por estúpido. ¿Por qué diablos se había llevado la cinta con la final de la temporada de béisbol? Fue el último partido de su ilustre carrera, y verse en plena forma le producía un tormento inenarrable.

—Te gusta castigarte, ¿no es así, Bishop? —se dijo en voz alta—. ¿Cuántas veces vas a ver esa condenada cinta?

Se levantó, dejó el mando a distancia en el sillón y se dirigió a la cocina. Su estómago emitió un rugido y, con un rápido vistazo al reloj del horno microondas, comprobó que casi era mediodía. No había comido nada desde que se levantó, hacía cuatro horas.

Durante diez días se había aislado del resto del mundo, como un ermitaño. Al principio, ni siquiera había respondido al teléfono. Pero Tallie le advirtió en sus insistentes mensajes que, si no contestaba, acudiría personalmente desde Nashville para darle una patada en el trasero.

Caleb sacó una caja de cereales del armario, buscó una botella de leche en el frigorífico y se preparó un tazón. Los comestibles que le había llevado Sheila Vance casi se habían agotado. En uno o dos días, tendría que llegarse al pueblo o pedirle a Sheila que le hiciera unas cuantas compras. Le gustaba la idea de llamarla. Más de una vez había es-

tado a punto de telefonearle y atraerla a su casa con cualquier pretexto. Pero Sheila había dejado perfectamente claro que no estaba interesada en un romance pasajero. Caleb presentía que se trataba de esas mujeres que buscaban un compromiso duradero a la hora de entablar relaciones con un hombre. Y él, sencillamente, era incapaz de hacer promesas que luego no pudiera cumplir. Justo cuando tomaba la última cucharada de cereales, el teléfono empezó a sonar. ¡Maldición, Tallie se había propuesto no dejarlo en paz! Tomó bruscamente el auricular del receptor de la pared y contestó con un gruñido.

—Sí, ¿qué quieres ahora?

—Vaya, yo también te saludo —dijo Hank Bishop.

—¿Hank?

—Sí. ¿Quién creías que era?

—Tallie —respondió Caleb—. Nuestra hermanita va a volverme loco con su manía de controlarme desde Nashville. Con un marido, un hijo y sus deberes de primera dama del estado, no sé cómo tiene tiempo para agobiarme.

Hank dejó escapar una risotada profunda.

—Bueno, ya conoces a nuestra Tallie. Nunca se resiste a meter la nariz en los asuntos de los demás.

—¿A qué se debe la llamada, hermanito? ¿O simplemente quieres saber cómo le va a la vieja gloria?

—Dejarás de compadecerte a ti mismo más tarde o más temprano, Caleb —dijo Hank—. ¿Por qué no nos haces un favor a todos y lo superas cuanto antes?

Caleb emitió un gruñido.

—Vas directo al grano, como siempre. Hablas como si fuera muy fácil. Pero lo único que he deseado desde niño es jugar al béisbol. Y eso lo he perdido. Para siempre. No tengo ni la más remota idea de qué hacer durante el resto de mi vida.

—¿Qué tal si empiezas agradeciendo el hecho de seguir vivo?

Caleb sabía que su hermano mayor llevaba buenas intenciones, pero Hank ignoraba cómo se sentía uno al perder el control de su vida, al ver sus sueños destrozados y enfrentarse a un futuro incierto.

—Sí, supongo que ser un lanzador de béisbol con el brazo derecho inútil es preferible a estar muerto.

—¿Sigues encerrado en la vieja casa? —inquirió Hank—. ¿Todavía no has ido al pueblo? Seguro que la gente se muere por verte y dar la bienvenida al héroe de Crooked Oak. Y, probablemente, habrá más de una chica guapa dispuesta a aliviar tu soledad.

Caleb soltó una risita. No tenía sentido negar su reputación de mujeriego, al menos a su hermano, que lo conocía mejor que nadie.

—De hecho, conocí a una mujer muy interesante nada más llegar.

—Creí que no habías salido de la casa.

—Estaba aquí cuando llegué. Había hecho limpieza e incluso tenía la cena lista.

—¿Te refieres a la amiga de Tallie? ¿Cómo se llamaba? ¿No es la hermana pequeña de Mike Hanley? ¿La que se casó con Dan Vance?

—Exacto. Sheila Vance.

—Si no recuerdo mal, esa mujer no es de las que suelen gustarte.

—Quizá quiera probar algo distinto, para variar —repuso Caleb—. Ya he conocido a bastantes bellezas engreídas. Sheila quizá sea una mujer sencilla, pero tiene algo que...

—Algo que se llama «cualidad» —dijo Hank—. Tallie tiene un alto concepto de ella. Al parecer, lo ha pasado bastante mal al quedarse viuda y criar sola a su hijo. Piénsatelo bien antes de utilizarla para aliviar tu soledad, hermanito.

–Si me estás advirtiéndote que no le haga daño, puedes ahorrártelo. Tallie ya me ha leído la cartilla.

–Bien por ella –Hank se aclaró la garganta–. ¿Por qué no vienes a Virginia y pasas una temporada conmigo?

–Tal vez más adelante. Ahora quiero aclararme las ideas, descubrir qué puede hacer Caleb Bishop en la vida sin su puesto de lanzador estrella de los Atlanta Braves.

–Lo superarás –Hank exhaló un suspiro lo bastante alto como para que lo oyera su hermano.

–Hazme un favor, ¿quieres? Llama a nuestra hermanita y dile que me deje en paz, al menos por unos días.

–Descuida. Volveré a llamarte dentro de un par de semanas.

–Adiós –Caleb colgó el auricular y echó una ojeada por la ventana de la cocina, desde donde se divisaba el amplio jardín y la zona arbolada que se extendía detrás de la casa. Si le gustara la caza y la pesca, como a Hank, podría matar el tiempo con un rifle o con una caña. Y si fuera un cabeza loca, como Jake, podría recorrer todos los bares de la localidad y aliviar su frustración con unas cuantas peleas a puñetazo limpio.

Pero el béisbol había sido su única pasión durante tantos años, que apenas recordaba haber tenido otras aficiones. De adolescente, sólo le había interesado su Camaro de 1980... el coche que había destrozado y que Tallie arregló años después.

Coches. Quizá debía comprarse un coche antiguo y... Diablos, ¿cómo podía restaurar un coche si tenía el brazo derecho inutilizado?

Sheila y Mike tenían un taller, ¿verdad? Podía llegarles y pedirles que le ayudaran a encontrar algo especial, quizá otro Camaro, y pagarles para que le ayudaran con todos los arreglos necesarios.

«Reconócelo, Bishop. Necesitas buscar una excusa para ver a Sheila de nuevo. Una excusa que ella se trague sin rechistar.»

–Está bien, lo reconozco –dijo en voz alta–. No sé por qué no dejo de pensar en Sheila. Quizá porque es muy distinta de las mujeres con las que siempre he salido. Quizá porque seducirla supone un auténtico desafío.

«Piénsatelo bien antes de utilizarla para aliviar tu soledad.»

Caleb volvió a oír mentalmente la advertencia de Hank.

Sheila no era ninguna niñita inocente, sino una viuda de treinta años.

Notó una súbita punzada de culpa.

Sí, Sheila era una empollona ingenua e inocente cuando la conoció, doce años atrás. Y sí, estaba seguro de que era virgen la noche en que le hizo el amor. Aunque Caleb no la había obligado en ningún momento. Ella había aceptado gustosamente que fuera el primero.

«¡Porque estaba enamorada de ti, bastardo!»

Pero aquello pertenecía al pasado. Sheila ya no era una adolescente ingenua y obnubilada. Si tenían una aventura, sería en igualdad de condiciones... como dos personas solas necesitadas de compañía.

¿A quién diablos quería engañar? Ni siquiera tenía derecho a pensar en seducirla. Pero, que Dios lo ayudase, sabía que en cuanto tuviera la oportunidad la haría suya, y al infierno con todo lo demás.

Mike Hanley puso el bocadillo y las patatas fritas en la mesa, delante de su hermana. Ella alzó la mirada del ordenador y sonrió.

–Gracias. Estoy hambrienta –Sheila retiró la silla,

se levantó y se dirigió al pequeño aseo adyacente al despacho.

—¿No crees que ya va siendo hora de hablar sobre ello? —comentó Mike—. Me has dado largas cada vez que he sacado el tema.

Dejando la puerta del aseo abierta, Sheila se lavó las manos.

—¿De qué hay que hablar? Caleb ha vuelto a Crooked Oak para pasar unos días, y en cuanto aclare sus ideas volverá a marcharse.

—Pues no parece que tenga mucha prisa. Ya lleva aquí diez días y ni siquiera ha aparecido por el pueblo. La gente empieza a arder en deseos de ver a la gran celebridad.

—Supongo que Caleb habrá sido el tema de conversación en el Café de Pete, ¿verdad? —Sheila regresó a la mesa, retiró el envoltorio de la comida y tomó el bocadillo.

—En el pueblo sólo se habla de Caleb Bishop desde que tu hijo les dijo a sus amiguitos que el gran hombre había llegado —Mike se sentó en el borde de la vieja mesa de madera, alargó la mano y alzó el mentón de su hermana—. Escondiendo la cabeza en la arena no conseguirás nada, y lo sabes. Crooked Oak es un pueblo pequeño. Si Caleb se queda, se encontrará cara a cara con Danny antes o después. ¿Qué sucederá entonces?

Sheila tragó un delicioso bocado de ternera con maíz.

—No sucederá nada. Caleb no tiene por qué sospechar. Al fin y al cabo, nadie en el pueblo ha puesto nunca en duda que Daniel fuese el padre de Danny. ¿Por qué iba a hacerlo él?

—Porque Caleb es una de las pocas personas que saben que te acostaste con él hace doce años —Mike

le soltó la barbilla—. ¿Has hablado con Susan últimamente?

—He evitado sus llamadas —admitió Sheila—. Sé que hará lo mismo que haces tú... atormentarme.

—Cariño, es tu conciencia la que te atormenta. Te sientes culpable por haberle mentado a Danny sobre su padre. Y tienes miedo de que, de algún modo, Caleb y el pequeño lleguen a descubrir la verdad.

—No permitiré que eso ocurra —Sheila partió una patata por la mitad—. No permitiré que Danny sufra a causa de mis errores.

El teléfono empezó a sonar. Sheila se levantó de un salto, y luego se quedó mirando el ruidoso aparato.

—¿Quieres que conteste yo? —sugirió Mike.

—No, claro que no —Sheila descolgó el auricular—. Taller y grúas Hanley, ¿dígame?

—¿Sheila? ¿Has visto a mi hermano hoy?

—Oh, hola, Tallie. ¿Cómo estás?

Los ojos de Mike se abrieron de par en par, y sus labios se arquearon en una sonrisa.

—Saluda a la primera dama de mi parte. Vuelvo al trabajo. El señor Chapman vendrá a recoger su Suburban dentro de una hora.

En cuanto Mike hubo salido de la oficina, Sheila bajó la voz y dijo:

—No he visto a Caleb desde el día en que llegó al pueblo. ¿Qué te ha hecho pensar que lo vería hoy?

—Me dijo que pensaba ir al taller para pedirnos que le ayudárais a encontrar un coche antiguo que pudierais restaurar juntos.

—¡Oh! —¡Dios santo! Lo último que Sheila deseaba era un motivo para pasar tiempo con Caleb. Pero si contrataba a Mike para restaurar un coche antiguo, ¿cómo iba a negarse? ¿Qué explicación convincente podía ofrecer para no aceptar su dinero?

—Sé que puedo confiar en ti para que cuides de Caleb. Se siente muy solo y vulnerable —dijo Tallie—. Si alguien no lo vigila, es probable que acabe metiéndose en algún problema. Lo último que necesita es que alguna fan enloquecida le hinque el diente.

—¿Y qué esperas que haga yo? —inquirió Sheila—. Además, si nunca sale de la casa, es difícil que alguna «fan enloquecida» lo seduzca.

—Caleb necesitará compañía femenina mientras está en el pueblo, y lo único que te pido es que tú se la brindes.

—Me temo que tu hermano y tú tenéis ideas muy distintas de lo que es la «compañía femenina». Y, créeme, no pienso acostarme con él por hacerte un favor.

—Demonios —exclamó Tallie, gimiendo dramáticamente—. No te pido semejante cosa. Pero se siente solo, tú también estás sola, y...

—No estoy sola —protestó Sheila—. Tengo a mi familia. A Danny. A Mike y Christie. Y últimamente he salido unas cuantas veces con Pat Lawley.

—¿Pat Lawley? Cielo santo, Sheila, si eres varios centímetros más alta que Pat y cinco años mayor. Me cae bien, pero no es el hombre idóneo para ti.

—Pat y yo medimos lo mismo. Y tiene veintisiete años, o sea, tres menos que yo.

—Da igual. Pat no es el hombre adecuado para ti.

—No estarás sugiriendo que el hombre adecuado para mí es Caleb, ¿verdad?

—Bueno, quizá no. Pero recuerdo una época en que estabas colada por mi hermano. Si Caleb hubiera tenido un mínimo de sentido común por aquel entonces, te habría echado el lazo antes que Dan Vance.

—¡Tallie!

—Está bien, está bien, dejaré de hacer de casa-

mentera. Si no te interesa Caleb, búscale alguna buena chica con la que pueda salir mientras está en el pueblo. Y lo de «buena» lo digo en serio.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias. Llámame dentro de unos días para decirme cómo le va, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tras colgar el auricular, Sheila descansó los codos sobre la mesa y se apoyó la barbilla en las manos entrelazadas. Si Tallie no fuera hermana de Caleb, le habría contado la verdad doce años atrás. Sin embargo, al descubrir que estaba embarazada, Sheila acudió directamente a Susan Williams, amiga íntima de ambas.

Unos leves golpecitos en la puerta la alertaron de la presencia de un cliente potencial. Alzó la mirada y vio a Caleb Bishop en la puerta. Su figura alta y esbelta se recortaba contra el sol de la tarde.

Sheila notó que el corazón se le aceleraba. Sintió un fuerte hormigueo en el estómago. Maldito fuera por trastornarla de aquel modo. Maldito fuera por haber regresado para alterar su pacífica vida. Y maldito fuera por poner involuntariamente en peligro la seguridad de Danny.

—Hola —la saludó Caleb—. ¿Tienes tiempo para mí?

Ella sintió el deseo de gritar que no con todas sus fuerzas. De decirle que se marchara y la dejara en paz, que no la atormentara más con su proximidad.

—Claro que sí. ¿Qué deseas? —retiró la silla y se levantó.

«Te deseo a ti, cariño» quiso decir Caleb, pero se contuvo. «Deseo colocarte encima de esa mesa, separarte las piernas, bajarme la cremallera, y...» Aquellos pensamientos sembraron el caos en todo

su cuerpo. Su sexo se excitó y se tensó incómodamente.

Caleb se quitó la gorra y la retorció con sus enormes manos.

—Pues, esto, he pensado que Mike y tú podrías ayudarme a encontrar algún coche antiguo para restaurarlo. No podré hacerlo solo —alzó el brazo derecho—, pero quizá con vuestra ayuda... En fin, me serviría para distraerme y matar el tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Ya te has cansado de recluirte en la granja y compadecerte de ti mismo?

Él esbozó aquella irresistible sonrisa que había vuelto locas a tantas mujeres.

—Sí, más o menos —avanzó unos cuantos pasos hacia el interior de la oficina—. Bueno, ¿crees que podréis encontrar algún coche?

—Seguro que Mike lo encontrará sin problemas. Ahora mismo está arreglando una furgoneta. ¿Por qué no pasas al taller y hablas con él?

—Todavía recuerdo cuando Dan y mi abuelo abrieron el negocio a medias. Dan había enviudado recientemente y había dejado su trabajo en Chattanooga para volver a Crooked Oak a reorganizar su vida.

—Era un buen hombre, y nuestro matrimonio fue satisfactorio, a pesar de la diferencia de edad. Aún lo echo mucho de menos.

—Sí, seguro que sí —el cuerpo de Caleb se relajó lo suficiente como para permitirle acercarse a Sheila—. Pero, al menos, te dejó un hijo.

Por un momento, Sheila se quedó sin respiración. Deseó golpearle en el pecho con los puños y gritarle que Danny no era hijo de Daniel, sino suyo. Un silencio aparentemente eterno se hizo entre ambos. «Di algo» pensó Sheila. «Di algo antes de que se pregunte por qué has reaccionado así.»

Sin embargo, antes de que pudiera pensar en

una respuesta apropiada, una suave voz de mujer llamó desde la puerta.

—Hola —saludó Donna Fields al tiempo que sonreía a Sheila—. Venía a ver si mi coche está listo.

Agradeciendo la interrupción, Sheila exhaló un suspiro de alivio.

—Oh, Donna. Pasa.

La mujer, esbelta y elegantemente vestida, se detuvo al lado de Caleb.

—Hola —lo saludó—. Creo que no nos conocemos. ¿Es usted amigo o cliente?

Caleb tomó la mano de Donna, apretándola pausadamente, y luego esbozó una sonrisa traviesa, casi coqueta. Y Sheila notó que el monstruo de los celos rugía en su interior. ¿Acaso tenía que encantar a todas las mujeres que veía?

—Soy un antiguo amigo de la casa y un cliente potencial. Caleb Bishop, para servirte.

—¿Caleb Bishop? —repitió Donna entusiasmada—. El hermano de Tallie. El jugador de béisbol —apretó la mano de Caleb—. Tallie me ha hablado tanto de sus hermanos, que es casi como si os conociera.

—Seguro que te habrá dicho que soy el más guapo —la sonrisa de Caleb se ensanchó.

Sheila se levantó de la silla, cuadró los hombros y se colocó junto a Donna.

—Tu coche está terminado —le dijo—. Ya he hecho la factura.

Donna rebuscó en su bolso, extrajo una tarjeta de crédito y se la pasó a Sheila.

—Me encantaría quedarme a charlar, pero esta tarde tengo clase.

—Muy bien. Aquí tienes las llaves. Encontrarás el Corvette en el aparcamiento lateral.

Donna tomó las llaves, abrazó a Sheila y le preguntó con un susurro:

—¿Está Susan embarazada ya?

—Todavía no —respondió Sheila en tono bajo—. Cruza los dedos. Lowell y ella van a hacerse unas pruebas la semana que viene.

Donna meneó la cabeza, y a continuación se giró hacia Caleb.

—Ha sido un placer conocer por fin a uno de los hermanos de Tallie.

—¿Te interesaría conocer más a fondo a uno de los hermanos de Tallie? —le preguntó Caleb.

—Es una oferta tentadora, pero me temo que he de declinarla. Verás, llevaré a Inglaterra a un grupo de alumnos durante las vacaciones de primavera y estaré muy ocupada organizando el viaje.

—Quizá cuando regreses.

—Quizá. Si aún sigues en Crooked Oak.

Caleb observó a la atractiva mujer mientras salía, admirando el contoneo de sus torneadas caderas.

—Donna es muy guapa, ¿verdad? —comentó Sheila.

De repente, Caleb se dio cuenta de que Sheila había presenciado su intento de flirteo con Donna. ¡Maldición! Cuando conocía a alguna mujer atractiva, no lograba reprimirse.

—Sí, muy guapa —respondió—. Oye... ¿crees que debo invitarla a salir cuando vuelva de Inglaterra?

—Esa decisión te corresponde a ti —contestó Sheila.

—¿Qué clase de mujer es?

—Una buena mujer.

—¿Demasiado buena para mí?

—Yo no he dicho eso.

—¿Crees que haríamos buena pareja?

—En algunos aspectos, sí —respondió ella—. Al igual que tú, Donna no busca compromisos duros. Sale con hombres, pero no se toma ninguna relación demasiado en serio.

Caleb soltó una risita.

—Así que le gusta jugar con los hombres, pero no...

—Es viuda, y aún ama a su difunto marido. Como digo, sale con hombres, pero no «juega» con nadie. Así que si buscas sexo, Donna no es la más indicada.

—¿Y tú, Sheila? ¿Sigues enamorada de tu difunto marido?

«Yo nunca estuve enamorada de Daniel Vance, pero no puedo decírtelo, como tampoco puedo decirte que Danny es hijo tuyo.»

—Una parte de mí siempre querrá a Daniel. Pero no, no estoy enamorada de él.

—Mmm. Si Mike encuentra un coche, ¿querrás ayudarme a restaurarlo?

—¿Yo? No lo creo. Pero seguro que Mike te ayudará.

—Tienes un corazón muy duro, Sheila Vance.

—Eso no es...

—Eh, mamá. El entrenamiento ha sido genial. Pat dice que seré el lanzador estrella de los Bulldogs el año que viene —Danny Vance entró a la carrera en la oficina. Una sonrisa ancha, cálida, idéntica a la de su padre, le cruzaba el rostro.

A Sheila casi se le detuvo el corazón. Maldición, había olvidado que Pat dejaría a Danny en el taller después del entrenamiento.

—Es maravilloso, Danny —dijo forzando una sonrisa. Bien, lo inevitable había ocurrido. Caleb y Danny estaban juntos en la misma habitación.

—Éste debe de ser tu hijo —dijo Caleb.

—Sí, éste es Danny. Hijo, te presento a Caleb Bishop.

—¡Uauh, Caleb Bishop! —el pequeño se separó de su madre y corrió hacia Caleb—. Es genial. ¡Cuando

les cuente a los chicos que he conocido a Caleb Bishop! Y aquí, en el taller de mi madre y de tío Mike. Pat, mi entrenador, es un gran admirador suyo. Nos llamamos los Bulldogs. Debería venir a algún partido. Le...

—Calma, Danny, calma —dijo Sheila—. Vas a agobiar al señor Bishop.

—Sí, lo siento —Danny agachó la cabeza con aire compungido. Sonriendo, miró de reojo de la misma manera en que solía hacerlo Caleb cuando se arrepentía de algo—. Me gustaría mucho tener su autógrafo, señor Bishop. Tengo una pelota nueva. ¿Podría firmarla?

—Lláname Caleb. E iré gustosamente a tu casa para firmar esa pelota cuando sea.

—¿Qué tal esta noche? —Danny alzó la cabeza y dirigió a Caleb una radiante sonrisa—. Podrías venir a cenar. Hoy cenamos asado de ternera. Mi madre es una cocinera genial, y...

—¡Danny! —Sheila volvió a reprender al pequeño—. Quizá Caleb tenga ya planes para esta noche...

—En realidad, no tengo ningún plan —Caleb le dio al niño un apretón en el hombro y le sonrió—. Me encantaría cenar con vosotros —miró a Sheila a los ojos.

—Muy bien —dijo ella con resignación—. Pásate a las seis y media.

—Gracias —respondió Caleb—. Bueno, iré a hablar con Mike sobre el asunto del coche —clavó la mirada en Danny momentáneamente—. Nos vemos esta noche, campeón.

Capítulo Tres

—No hacía falta que aceptaras la propuesta de Danny de invitar a Tanner y a Devin para que te conocieran esta noche —dijo Sheila mientras colocaba los vasos en el lavavajillas.

—Lo sé —Caleb le pasó la pila de platos sucios que había retirado de la mesa—. Pero, ¿por qué iba a negarme? Tengo bastante tiempo libre y sé que para Danny significa mucho.

—No lo sabes bien —Sheila colocó los platos ordenadamente en el compartimento inferior—. Mi hijo es uno de tus mayores fans, lo cual es decir mucho, teniendo en cuenta que eres el ídolo de todos los varones de Crooked Oak.

—¿Te he dado las gracias por la deliciosa cena? —preguntó Caleb. Se acercó a Sheila por detrás mientras estaba inclinada sobre el fregadero, llenando de agua caliente la tetera. Ella percibió su proximidad. El calor de su cuerpo. El poder de su virilidad. La fuerza de su presencia.

—Sí —respondió—. Dos veces.

—He disfrutado mucho cenando contigo... y con tu hijo.

—Supongo que cenar con una madre y su hijo es una experiencia nueva para ti —Sheila tomó aliento y se apartó de Caleb.

Él la agarró del brazo, con mano suave pero firme.

—No querías que viniera esta noche, Sheila. ¿Por qué?

—No sé de qué hablas —alzando la mano, ella se retiró con las puntas de los dedos un mechón de cabello que le caía sobre el ojo derecho.

Sus miradas se encontraron y, por un fugaz momento, Sheila rezó por que sus ojos no reflejaran lo que sentía. A continuación se zafó de él y salió de la cocina. Si no le respondía, empezaría a preguntarse qué intentaba ocultarle. ¿Y cómo podía explicarle por qué no lo quería en su vida, salvo contándole la verdad?

La voz de Danny la sacó de sus cavilaciones.

—Sí, Tanner. Está aquí, y se quedará hasta que me vaya a la cama. Va a firmarme la pelota y, si se lo pido, también os firmará las vuestras.

Sheila se detuvo en la puerta del dormitorio de su hijo. Hacía mucho que no veía a Danny tan contento y entusiasmado. Si permitía que su hijito y Caleb se hicieran amigos, el desastre sería enorme. Antes o después, Caleb podía descubrir la verdad. Sólo tendría que preguntarle a Danny la fecha de su cumpleaños.

Sheila se tapó la boca con las manos y reprimió un grito de desesperación. ¿Qué iba a hacer?

Caleb la siguió hasta el pasillo, se detuvo a su lado y se asomó al dormitorio.

—Tienes un hijo estupendo —le susurró, inclinando la cabeza hasta el extremo de que rozó con los labios la oreja de Sheila.

Ella cerró los ojos, estremeciéndose. El corazón empezó a martillearle el pecho.

—Sí, lo sé. Danny es un niño maravilloso —trató de notar que Caleb le había deslizado el brazo por la cintura. Dios santo, su mero contacto hacía que le flaquearan las rodillas.

«Domínate, chica. No le permitas que te haga esto. Sabes que no traerá nada bueno.»

—Caleb, te agradezco que hayas sido tan amable con Danny y que aceptaras su invitación a cenar... —miró por encima del hombro en el mismo momento en que él le sonreía, y el estómago le dio un vuelco—. Pero no quiero que mi hijo asuma que...

Caleb la arrastró hacia el extremo opuesto del pasillo, y la arrinconó con delicadeza contra la pared. Su enorme cuerpo la cubría por completo. Sheila tragó saliva.

—No quieres que Danny asuma... ¿qué? —inquirió él.

—Perdió a su padre hace cinco años, y aunque es muy amigo de Mike, sólo desea tener un papá —vaciló momentáneamente, permitiendo que Caleb asimilara sus palabras y, con suerte, llegara a la conclusión correcta.

—¿Crees que Danny puede verme como a una figura paterna? ¿Eso es lo que te preocupa? ¿No quieres que se acerque demasiado a mí e intente emularme? No apruebas mi forma de ser, ¿verdad, Sheila?

—No es eso lo que intento decirte.

—Entonces, más vale que hables claro.

—De acuerdo —Sheila enderezó los hombros y lo miró directamente a los ojos—. No quiero que Danny te tome demasiado cariño, ni empiece a creer que eres el sustituto de su padre. Porque sufriría mucho cuando te marches de Crooked Oak.

Caleb retrocedió un paso, permitiendo que Sheila entrara en el salón, y permaneció en el pasillo un rato, pensando en lo que acababa de decirle. Sheila tenía razón. Danny se encontraba en una situación muy delicada.

El pequeño salió raudo del dormitorio y se detuvo junto a él.

—Los chicos vendrán dentro de unos minutos.

Los traerá el padre de Tanner. El señor Finch se muere por conocerte.

Caleb revolvió el pelo moreno del niño y sonrió. Lo último que deseaba era lastimar al pequeño o decepcionarlo. Por algún extraño motivo, se veía a sí mismo reflejado en el hijo de Sheila. Era alto y delgado, cómo él de pequeño.

—Danny, sabes que sólo voy a estar en Crooked Oak unos meses, ¿verdad? No me he venido a vivir aquí definitivamente. Cuando haya decidido qué voy a hacer en la vida, me marcharé.

Danny lo miró fijamente con unos enormes y expresivos ojos azules, idénticos a los de su madre.

—Sí, claro. Lo sé.

—Quiero que seamos amigos, y... bueno, cuando me vaya del pueblo, seguiremos en contacto. Pero...

Danny entrecerró los ojos, mirando a Caleb inquisitivamente.

—Caleb Bishop y yo, amigos. Eh, me gusta cómo suena.

—A mí también.

Caleb esperó en el porche mientras Sheila se aseguraba de que Danny estuviera dormido. Lo había acostado tres veces desde que se marcharon sus amiguitos, pero el pequeño no dejaba de levantarse para decirle algo a Caleb.

—Te prometo que esto es lo último, mamá —había dicho diez minutos antes—. ¿Querrás venir al entrenamiento de mañana, Caleb?

—¡Danny! —le regañó Sheila.

—Puedo llegarme un rato —había respondido Caleb.

Sheila cerró la puerta y se reunió con Caleb en el porche.

—Está profundamente dormido —dijo—. Y esta vez parece que no finge.

Caleb se sentó en la mecedora. Sabía que debía marcharse en vez de intentar prolongar la velada. Pero temía la soledad de la vieja casa.

—Espero que no te importe que haya aceptado ir con Danny al entrenamiento de mañana.

Ella dudó unos segundos antes de contestar.

—No, no me importa. Se habría sentido muy decepcionado si te hubieras negado a ir.

—Es un chico muy inteligente. Ha entendido que mi estancia en Crooked Oak será sólo temporal.

Sintiendo un súbito escalofrío al oír sus palabras, Sheila se frotó los brazos con las palmas de las manos.

—Hace frío para ser primavera, ¿verdad?

—Siéntate a mi lado y te haré entrar en calor —sugirió él en tono tentador.

—¿No te vas? —preguntó ella—. Son las diez y media. Ya debería haberme acostado. Solemos madrugar mucho.

Caleb dio una palmadita en la madera de la enorme mecedora.

—Siéntate conmigo un rato. Hace una preciosa noche de primavera. Las estrellas, la luna, el aire fresco del campo...

—No quieres volver a tu casa, ¿verdad?

—¿Qué?

—No te gusta estar solo.

—Chica lista.

—Si tanto odias la soledad, ¿por qué no fuiste a Nashville, con Tallie y Peyton, en vez de regresar a Crooked Oak?

—Necesitaba retirarme a un lugar tranquilo y aislado —admitió Caleb—. Pero he descubierto que no soy un solitario. Me gusta demasiado el contacto

con los demás. Sobre todo, con mis antiguos amigos.

Sheila se echó a reír. Dios santo, era un donjuán incorregible. Y encantador. En ese aspecto no había cambiado nada.

—De acuerdo, me sentaré contigo quince minutos. Luego te irás a casa y yo me meteré en la cama.

—Mmm —Caleb esbozó una sonrisa traviesa—. Podemos saltarnos los quince minutos e irnos directamente a la cama.

Sheila sabía que estaba bromeando, al menos a medias, y se preguntó cuánto tiempo hacía que no se reía y bromeaba desde el accidente.

Tomó asiento a su lado, y él le echó el brazo por los hombros. Ella permitió que la tocara, que se acercara a su cuerpo, y por un momento cerró los ojos y se engañó pensando que sus actos estaban motivados por algo más que la simple soledad.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor? —inquirió Caleb con voz baja y ronca.

—¿Crees que eso es asunto tuyo?

—Tal vez no —le deslizó la mano debajo del cabello y le acarició la nuca. Ella se estremeció—. ¿Y si te digo cuándo ha sido mi última vez? ¿Me lo dirás?

—Quizá no quiera saberlo —contestó Sheila.

—Claro que quieres —Caleb le frotó el cuello con la nariz—. Hace un año que no hago el amor. Desde el accidente —le trazó un círculo en la oreja con la lengua. Sheila abrió la boca, sorprendida.

—Me... me resulta difícil creerlo. Habrá habido montones de mujeres dispuestas a... —notó que él le besaba la oreja—. Caleb, no me hagas esto.

—Pude haberme acostado con algunas enfermeras, e incluso con alguna fan que se coló a hurtadillas en la habitación del hospital. Pero no estaba en

forma. Luego, una vez recuperado, pasé varios meses con una profunda depresión.

—Lo siento. Tallie me dijo lo preocupada que estaba por ti...

—Confiesa, cariño —la interrumpió Caleb—. Yo ya te lo he dicho, de modo que ahora te toca a ti. ¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco años —dijo ella suavemente.

—¡Cinco años! —él le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo—. ¿Insinúas que no has hecho el amor con nadie desde que tu marido murió?

—Exacto.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no hago el amor con un hombre a menos que sea importante para mí, y sienta algo por él... No me mires de ese modo.

—¿De qué modo? —preguntó Caleb—. ¿Cómo te estoy mirando?

—Basta —Sheila se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la puerta, pero él la alcanzó antes de que pudiera tocar el pomo.

La rodeó con los brazos y apretó el pecho contra su espalda.

—Me necesitas tanto como yo a ti. Podemos hacernos mucho bien mutuamente —le dio media vuelta y acercó los labios a los suyos.

Sheila aceptó el beso con entusiasmo, abriendo la boca para recibir su intrusión. Mientras la sondeaba con la lengua, la sostuvo firmemente con ambas manos y apretó íntimamente su cuerpo contra el de ella. Su sexo palpitaba contra el vientre de Sheila, solicitando permiso para entrar.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, ansiando rendirse y entregarle todo lo que le pedía. Cada fibra de su ser clamaba de deseo. Sólo tenía que abrir la puerta y llevar a Caleb a su

dormitorio. Después, él volvería a la granja y nadie se enteraría de lo ocurrido. Igual que doce años antes, cuando hicieron el amor. La noche en que Danny fue concebido. La noche en que comprendió que amaría a Caleb Bishop hasta el día de su muerte.

Interrumpiendo el beso, Sheila respiró hondo y apartó a Caleb con un suave empujón. Si no ponía fin a la situación, lo lamentaría durante toda su vida.

—Vete a casa, Caleb —dijo, colocándole las manos en el pecho. Notó que el corazón le latía con fuerza—. No quiero otra aventura de una sola noche.

Caleb se ajustó las gafas de sol mientras se apeaba del Porsche. No había pensado mucho en llegar a ver el entrenamiento del equipo de Danny aquella tarde. De hecho, había decidido que Sheila tenía razón. No convenía que el niño le tomase demasiado cariño. Pero, aburrido como una ostra, había optado finalmente por meterse en el coche y salir de la granja.

Al llegar, lo asaltaron los recuerdos. Había entrenado de pequeño en aquel mismo campo. Aquellos días los recordaba como los más felices de su vida.

Apoyándose en el capó del coche, Caleb buscó entre el grupo de niños. No le resultó difícil localizar al hijo de Sheila. Era unos centímetros más alto que los demás, y su cabello negro, cuyos mechones sobresalían bajo la gorra, brillaba al sol de la tarde.

Caleb se mantuvo alejado un rato, pues no deseaba que su presencia provocara una escena. Observó a los chicos y al entrenador, que había colocado a Danny como lanzador del equipo. El puesto

del propio Caleb. Alzando el brazo derecho, contempló el flácido apéndice como si ya no formara parte de su cuerpo. Un estúpido accidente. Un error fatal. Solía decirse una y otra vez que había tenido más suerte que Kimberly, su novia, y Wes Shatz, su compañero de equipo. Al fin y al cabo, él había sobrevivido al accidente. Ellos no.

El entrenador Lawley se quitó la gorra, se rascó la cabeza y escupió en el suelo. Luego echó un vistazo a los aparcamientos, como si buscara a alguien en concreto. Al divisar a Caleb, sonrió y alzó la mano. Caleb asintió.

El entrenador no tardó en acercarse a él y ofrecerle la mano.

—Le agradezco que haya venido, señor Bishop. Los chicos estarán encantados.

—Llámame Caleb.

—De acuerdo. Caleb. No me importaría que me dieras unos cuantos consejos útiles para los muchachos.

—El béisbol necesita más entrenadores como tú, Pat. Por cierto, Danny Vance es un lanzador muy bueno para su edad. ¿No han intentado ficharlo otros equipos?

—No hasta hace poco —explicó Pat—. Cuando la mejor amiga de su madre se convirtió en primera dama del estado, otros equipos se interesaron por él. Pero Danny y Sheila rechazaron las ofertas. El pequeño es muy bueno. Le doy todas las oportunidades que puedo para que demuestre su valía.

—Le has tomado cariño, ¿verdad?

—Sí, me gusta Danny, y también Sheila —admitió Pat—. He salido con ella unas cuantas veces, pero no siente lo mismo que yo. Jamás pensé que siguiera

siéndole fiel a su difunto marido después de tantos años. Será por eso por lo que no se ha vuelto a casar. Sheila sería una buena esposa para cualquier hombre.

—Tienes razón —dijo Caleb—. Es la madre y esposa idónea, ¿verdad?

—Sí, es seria, leal y cariñosa. Nunca he visto a una mujer que quiera tanto a su hijo. Haría cualquier cosa por él. Por eso no entiendo por qué no ha vuelto a casarse para darle un padre.

—Quién sabe —respondió Caleb.

En realidad, él también se había hecho la misma pregunta. ¿Tanto había amado Sheila a Dan Vance? Por algún motivo, no los imaginaba amándose apasionadamente. Dan le doblaba la edad a Sheila. Y Caleb sabía que Sheila había creído estar enamorada de él tras la noche que pasaron juntos. De hecho, lamentó haberla herido al decirle que no podía corresponder a sus sentimientos.

—Tómate un descanso, Danny —la fuerte voz de Pat Lawley atravesó el campo—. Que Tanner lance un rato —se giró hacia Caleb—. Quédate, ¿de acuerdo? Tengo que volver al trabajo, pero acabaremos en pocos minutos.

Danny salió del campo, se colocó el guante debajo del brazo y se dirigió hacia una enorme nevera, de donde extrajo una botella de agua helada. Mientras tomaba el primer trago, miró hacia los aparcamientos y vio a Caleb. El pequeño alzó la mano y luego se acercó raudo a su ídolo.

—¡Eh, Caleb! Sabía que vendrías. Es genial. Ven, te presentaré al resto del equipo. Ya casi hemos terminado —Danny agarró la mano derecha de Caleb y tiró de él.

Caleb hizo una mueca. Instintivamente, se soltó de la mano del pequeño. Nadie le tocaba la mano

del brazo derecho. La mayoría de la gente trataba incluso de no mirarla.

—Lo siento —se excusó Danny—. Ése es tu brazo herido, ¿no? —sin pensárselo dos veces, tomó la mano izquierda de Caleb y lo condujo hacia el campo.

Había algo en la sonrisa del niño que afectaba a Caleb de un modo extraño. Algo familiar. Quizá había heredado la sonrisa de Sheila, igual que sus enormes ojos azules. Caleb estudió a Danny por un momento. No, no era eso. La sonrisa del pequeño no era la de su madre.

—Preséntame a tu amigo, Danny —dijo una melosa voz femenina.

Danny dio un salto. Caleb giró rápidamente la cabeza. Una apetitosa morena con tejanos ajustados le sonreía.

—Oh, hola, señora Baker —la saludó Danny—. No sabía que iba a venir. Éste es Caleb Bishop. Caleb, te presento a la madre de Devin.

La morena tendió una pequeña mano llena de anillos y se acercó a escasos centímetros de Caleb.

—Soy Gwyn Baker, señor Bishop. Los habitantes de Crooked Oak estamos muy orgullosos de usted. De hecho, soy una de sus mayores admiradoras.

—Gracias —en cuanto Caleb aceptó su mano, la mujer cerró los dedos en torno a los suyos con fuerza—. De modo que eres la madre de Devin. Lo conocí anoche, en casa de Danny.

—Lo sé —los carnosos labios de Gwyn formaron una amplia sonrisa—. No hablaba de otra cosa cuando Bill Finch lo dejó en casa. Me dijo que tal vez vendría usted hoy, de modo que decidí acercarme para conocerlo. Por lo general, Devin regresa a casa con los padres de algún compañero.

Caleb separó su mano de la de Gwyn, pero no

pudo escapar de su sonrisa coqueta ni de su brazo, que de repente se le enroscó en la cintura.

—Vamos, Caleb —Danny tiró de él—. Los chicos se mueren por conocerte.

Sin prestar ninguna atención a Danny, Gwyn siguió diciendo:

—Si alguna vez se siente solo o aburrido, estaré más que encantada de enseñarle los alrededores. Conozco los mejores sitios de aquí a Nashville.

—Pero, ¿qué pensaría el señor Baker? —preguntó Caleb.

—No existe ningún señor Baker, encanto —respondió ella—. Bueno, sí, existe, pero vive en Arkansas y ya no es mi marido.

Pat Lawley, seguido del equipo entero de los Bulldogs, se acercó a Caleb.

—El equipo te agradece mucho que estés aquí —dijo el entrenador—. ¿Te gustaría dirigirles unas palabras a los chicos?

—Cómo no.

Después de hora y media de charla y firma de autógrafos, Caleb comprendió que, a pesar de su incapacidad, seguía siendo el héroe de la localidad. Aquellas personas seguían admirándolo. Los niños aún lo adoraban. Y para las mujeres, como Gwyn Baker, seguía siendo un galán irresistible.

—¿Tienes planes para esta noche, Caleb? —le preguntó Gwyn tuteándolo ya descaradamente—. Podemos ir al Pale Rider a tomar unas cervezas.

Una noche con Gwyn Baker podía ser justo lo que necesitaba. Parecía de esa clase de mujeres que hacían pasar un buen rato sin pedir nada más a cambio. Justo cuando se disponía a aceptar la oferta de Gwyn, vio a Sheila Vance, que atravesaba los aparcamientos y se dirigía hacia Danny.

Pat sonrió a Sheila, le puso a Danny la mano en

el hombro y los tres abandonaron juntos el campo. Parecían la familia ideal.

Caleb notó una opresión en el vientre. Pat podía ofrecerle a Sheila un compromiso, un futuro como esposo y como padre. Mientras que él sólo podía ofrecer unos cuantos meses de su vida, un breve futuro como amante de Sheila y amigo de Danny.

—No tengo ningún plan —le dijo a Gwyn—. Dime dónde vives y pasaré a recogerte a eso de las siete y media.

Gwyn le guiñó el ojo.

—Vamos a pasarlo muy, pero que muy bien —buscó con la mirada entre el grupo de niños y llamó a su hijo—. Vamos, Devin. Tenemos que irnos. Hoy pasarás la noche en casa de tía Brenda —una vez montada en el coche, sacó la cabeza por la ventanilla y gritó—: Nos vemos a las siete y media, Caleb. No te retrases, encanto.

Caleb le sonrió y le dijo adiós con la mano. En ese momento, notó un fuerte tirón en el brazo derecho y, al agachar la vista, vio que Danny Vance lo miraba fijamente.

—¿Vas a salir con la madre de Devin? —preguntó el pequeño.

Sheila y Pat se colocaron detrás del niño. La mirada de Sheila se cruzó momentáneamente con la de Caleb.

—Pues sí, campeón. Verás...

—Pensé que ibas a salir con mi madre y conmigo —Danny tragó saliva—. Sé que la madre de Devin es muy guapa, pero no es la...

—Ya basta, Danny —dijo Sheila—. Con quién salga Caleb no es asunto tuyo —agarró el hombro tenso de su hijo.

El pequeño se zafó de su madre y echó a correr hacia el coche.

Caleb se aclaró la garganta.

—Lo siento. Yo...

—No importa —dijo Sheila—. A Danny se le pasará. Es preferible que comprenda cuanto antes que no va a haber nada entre nosotros.

Pat le echó el brazo sobre los hombros.

—¿Quieres que os acompañe a ti y a Danny en la cena de esta noche? Irán todos los padres de los chicos del equipo.

Sheila esbozó una sonrisa forzada.

—Me parece una idea estupenda.

Cuando todos se hubieron ido, Caleb permaneció un buen rato a solas en los aparcamientos. ¿Por qué se sentía como un miserable? ¿Por qué lamentaba tanto haber decepcionado a Danny Vance?

«Admítelo» se dijo. «Te cae bien el niño y quieres caerle bien. Y Danny desea tanto tener un padre como lo deseabas tú de pequeño.»

Por algún motivo incomprensible para Caleb, una disparatada idea se le pasó por la cabeza. ¿Cómo sería tener un hijo? ¿Un hijo... como Danny Vance? Jamás había pensado en tener hijos. Pero tras regresar a Crooked Oak, y pasar algo de tiempo con Sheila y su hijo, empezaba a preguntarse si no faltaría algo esencial en su vida desde que el accidente acabó con su carrera. Una esposa. Hijos. Una familia propia.

Capítulo Cuatro

Caleb se despertó con algo de resaca, una intensa excitación y un humor de perros. La noche anterior debió haber sido divertida. Pero no lo fue. Gwyn Baker no había mentido al decir que conocía los mejores sitios desde Crooked Oak a Nashville. Habían visitado media docena de locales, donde habían bebido y bailado, antes de que Caleb llevara a Gwyn a la granja. La mujer se le había pegado como una lapa, entusiasmada por la idea de pasar la noche con el famoso Caleb Bishop. Quizá si hubiera mantenido la boca cerrada, si no hubiese hablado sin parar acerca de su condición de súper estrella, aún seguiría en su cama esa mañana.

Y quizá aún seguiría a su lado si Caleb no hubiera pensado en Sheila Vance cada vez que Gwyn se rozaba con él como un gato con la pierna de su amo. ¿Por qué no conseguía olvidar el beso que había compartido con Sheila en el porche de su casa?

Se había dado besos mucho más apasionados con mujeres bastante más atractivas. Con la propia Gwyn, por citar sólo a una. Pero la noche anterior, cuando llegó el momento de la verdad y vio a Gwyn tendida en la cama, esperándolo con los brazos abiertos, no la había visto a ella, sino a Sheila Vance. De modo que inventó una excusa estúpida y llevó a su acompañante de vuelta a su casa.

Caleb entró en el cuarto de baño y gruñó al ver